

# AYUDADA

SEMANTARIO DE LA SOLIDARIDAD

# AYUDADA

AÑO II.—NÚM. 54

Madrid, 9 de mayo de 1937

Precio: 15 cts.

El bombardeo de Guernica, sin precedentes en los anales del crimen, ha decidido a los Gobiernos inglés y francés a intervenir en la evacuación de las mujeres y niños de Bilbao. Ante esta medida de elemental humanidad, toda la Prensa fascista alza su protesta monstruosa y acusa a ambos Gobiernos de incumplir el pacto de «no intervención». Así obra el fascismo.

## Jornaleros

Jornaleros que habéis cobrado en plomo sufrimientos, trabajos y dineros.  
Cuerpos de sometido y alto lomo:  
jornaleros.

Españoles que España habéis ganado labrándola entre lluvias y entre soles.  
Rabadanes del hambre y del arado:  
españoles.

Esta España que, nunca satisfecha de malograr la flor de la cizaña,  
de una cosecha pasa a otra cosecha,  
esta España.

Poderoso homenaje a las encinas,  
homenaje del toro y el coloso,  
homenaje de páramos y minas  
poderoso.

Esta España, que habéis amamantado con sudores y esfuerzos de montaña,  
codician los que nunca han cultivado  
esta España.

¿Dejaremos llevar cobardemente riquezas que han forjado nuestros remos?  
Campos que han humedecido nuestra frente  
dejaremos?

Adelanta español, una tormenta de martillos y hoces, ruge y canta.  
Tu porvenir, tu orgullo, tu herramienta  
adelanta.

Los verdugos, ejemplo de tiranos,  
Hitler y Mussolini labran yugos.  
Sumid en un retrete de gusanos  
los verdugos.

Ellos, ellos nos traen una cadena de cárceles, miserias y atropellos.  
¿Quién España destruye y desordena?  
Ellos, ellos.

¡Fuera, fuera, ladrones de naciones,  
guardianes de la cúpula banquera,  
cluecas del capital y sus doblones:  
fuera, fuera!

Arrojados seréis como basura de todas partes y de todos lados.  
No habrá para vosotros sepultura,  
arrojados.

La saliva será vuestra mortaja;  
vuestro final, la bota vengativa,  
y sólo os dará sombra, paz y caja  
la saliva.

Jornaleros: España, loma a loma,  
es de gañanes, pobres y braceros.  
¡No permitáis que el rico se la coma,  
jornaleros!

MIGUEL HERNANDEZ



AE  
ARCHIVOS  
ESTATALES

# GRAMSCI VISTO POR UNO DE SUS MEJORES DISCIPULOS

—No había oído hablar de él, casi nunca—me dice Romano Cocchi, colaborador de «La Correspondencia Internacional», que firma con el nombre de Adami—, cuando recibí su carta y quedé muy extrañado.

Era la época en que el proletariado italiano sostenía grandes luchas reivindicativas. Los magnates de la industria y los grandes banqueros querían descargar sobre las espaldas del pueblo trabajador todo el peso de los enormes gastos hechos durante la guerra de 1914-1918. Y el pueblo se defendía.

Los obreros textiles de la provincia de Bergamo, agrupados en su mayoría en los Sindicatos católicos, estaban arrastrados por la oleada arrolladora de huelgas y movimientos que demostraban la firme decisión de las masas laboriosas de no seguir siendo víctimas de los apetitos imperialistas del capitalismo italiano. Los dirigentes de dichos Sindicatos obrábamos de acuerdo con las orientaciones que recibíamos de los jefes del Partido Popular, entre los cuales estaba el famoso Don Sturzo. Pero estábamos obligados a seguir el deseo de las masas, que querían lucha.

\*\*\*

La división entre los distintos sectores ideológicos del pueblo italiano impedía que la lucha tuviese eficacia, y los dirigentes de los Sindicatos católicos, como el diputado Guido Miglioli y el periodista Romano Cocchi, eran víctimas de los ataques diarios y las polémicas más violentas por parte de un sinnúmero de líderes socialistas, comunistas, anarquistas y otros. Y de esa división se aprovechaban los patronos para aumentar la represión del movimiento obrero. Corrían los años 1920-1921.

Un día, Romano Cocchi, gran agi-

tador del Sindicato católico de los textiles y prestigioso periodista, recibió una carta. Esa carta llevaba el membrete de «L'Ordine Nuovo», órgano del partido comunista italiano, que se editaba en Turín. La primera idea de Cocchi fué de que la carta debía contener una cantidad de insultos e improperios para él y sus compañeros. Sin embargo, leyó la misiva. Estaba firmada por Antonio Gramsci y no tenía propósitos de ofensa; al contrario, los términos eran sumamente cordiales.

\*\*\*

El, «comunista», me invitaba a mí, «católico», a colaborar en el periódico que dirigía. Me extrañó, pero quedé pensativo. Gramsci me felicitaba por la gran ayuda que daba con mi actividad al desarrollo del movimiento obrero italiano y a la causa del pueblo.

Al poco tiempo comencé a mandar mi colaboración a dicho periódico, colaboraciones que fueron bien recibidas y por las cuales recibía a menudo las felicitaciones de Antonio Gramsci. Más adelante tuve la oportunidad y el placer de conocerlo personalmente. Era un hombre de baja estatura, con una deformación física. Su conversación denunciaba una gran inteligencia y un profundo conocimiento de los problemas sociales.

Nos vimos desde entonces más a menudo, y de las discusiones y conversaciones que tuvimos, llegamos a mantener relaciones muy cordiales, en consecuencia de las cuales mis opiniones sobre los distintos problemas que en esa época conmovían a mi país cambiaron total y fundamentalmente. Algunos meses más tarde, los Sindicatos católicos, que contaban con unos 60.000 obreros, ingresaban en su totalidad en la Confederación Gene-

ral del Trabajo, gran central sindical italiana.

El trato cordial que recibimos del gran líder comunista sirvió para transformar completamente la orientación que tenían nuestros Sindicatos y dar a los obreros textiles una capacidad combativa superior.»

\*\*\*

Ahora, en Italia, desde hace quince años, rige la dictadura más sangrienta y oprobiosa que conoció la Historia contemporánea. El fascismo, aprovechando las divisiones que existían entre los distintos sectores de la clase trabajadora, tomó el Poder, haciendo tabla rasa con todas las libertades conseguidas durante muchos años de lucha. Socialistas, comunistas, anarquistas, republicanos, liberales y demócratas, todos han sido perseguidos al igual por los esbirros de Mussolini. En las cárceles, en las islas de deportación y en la emigración forzada, todos han tenido la misma suerte. Los une la desgracia.

Antonio Gramsci comprendía la imprescindible necesidad de unir todas las fuerzas democráticas y progresivas del pueblo italiano para cortar el camino al fascismo. Por eso estrechaba lazos cordiales con el periodista Romano Cocchi (Adami) y el diputado católico Guido Miglioli y con todos los dirigentes de los partidos obreros y demócratas.

Antonio Gramsci encarnaba las mejores tradiciones de la lucha del pueblo italiano por su independencia y por su liberación del yugo extranjero y de la dominación del capitalismo indígena. Once años de cárcel han segado su vida, tan fecunda para la causa del pueblo italiano y de la Humanidad entera. Su recuerdo queda

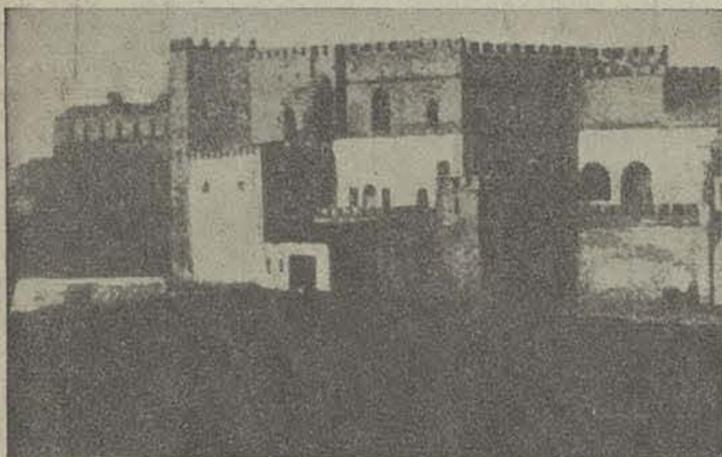


grabado en la memoria de todos los antifascistas y personificado por muchos militantes obreros, como el prestigioso periodista Adami.

La encarnizada lucha del pueblo español contra la invasión mussoliniana que pretende esclavizarnos, como lo hizo con su pueblo, vengará a

Antonio Gramsci y otros miles de víctimas que gimen bajo el despotismo y el terror. El triunfo de nuestro Ejército popular en España será un aliado y una potente ayuda al pueblo italiano para su liberación.

M. ARPI LOZA



Miles de antifascistas pueblan las cárceles de Italia, como ésta de Bari.

## GRAMSCI HA MUERTO

La clase obrera italiana ha perdido a uno de sus mejores jefes, cuyo nombre estaba ligado a todas las luchas llevadas a cabo por los trabajadores italianos contra la explotación, la opresión y el fascismo. Antonio Gramsci ha muerto hace días en Roma, tras una vida de lucha, de sacrificios y de persecuciones. El fascismo asesino, después de haberlo mantenido durante largos años recluido en la cárcel, se vio obligado a libertarlo por la presión de las masas trabajadoras de todos los países y por las campañas de las organizaciones antifascistas. Pero la larga permanencia en la celda del presidio dió sus frutos, y Gramsci salió físicamente destrozado. Ni aun así Mussolini abandonó su presa. Y Antonio Gramsci, libertado de la cárcel, fué puesto en libertad bajo vigilancia, impidiéndole dar cualquier paso sin el acompañamiento de los esbirros de Mussolini. De esta forma se vio en la imposibilidad de realizar cualquier trabajo.

Su salud estaba arruinada por largos años de cárcel, de sufrimientos y de persecuciones. El fascismo había logrado su objetivo: Antonio Gramsci no existe ya. El pueblo italiano pierde a su jefe más querido y más admirado. La verdadera Italia, la Italia de Garibaldi, pierde uno de sus hijos mejo-

res: pierde aquel que fué llamado "el más grande italiano del siglo"; pierde un estudioso profundo, uno de los mejores cerebros. La paz, uno de los mejores defensores; el pueblo español, un gran amigo.

Desde su lecho de dolor, Antonio Gramsci, forjador del Partido Comunista de Italia, defensor de la paz, de la cultura y de la civilización, seguía con ansia, día tras día, los acontecimientos españoles; con ansia, pero con fe inquebrantable en la victoria del pueblo español.

El luto que afecta al proletariado italiano afecta a los antifascistas de todo el mundo, afecta a los trabajadores de todos los países, afecta a todos los amigos de la paz y del pueblo español.

Gramsci no podrá ver la victoria de la España republicana, no asistirá a la derrota del fascismo. Pero él habrá sido uno de los forjadores de esa derrota; él, luchador incansable; él, que armó al proletariado italiano en lucha contra el fascismo; él, que lo ha guiado y lo guiará aún bajo su ejemplo y sus enseñanzas.

¡Gramsci ha muerto! Pero ¡el ejemplo y la memoria de este gran antifascista vivirán eternamente!

(Del periódico del Batallón Garibaldi.)

## SIGNIFICACION DE ESTE PRIMERO DE MAYO

Nuestra lucha contra el fascismo internacional ha servido para que todas las masas laboriosas del mundo fijen sus miradas en la España republicana. Todos los trabajadores han comprendido su deber y todos se han unido en apretado haz, en gigantesco ademán de solidaridad hacia nosotros. Nuestra lucha, hace tiempo que rebasó el marco de nuestro suelo, nuestra lucha es la contienda a muerte de todas las masas laboriosas del mundo contra las fuerzas negras del imperialismo fascista. Por eso este Primero de Mayo de 1937, en esta jornada simbólica para todos los trabajadores del mundo, las masas de todos los países se han manifestado principalmente para pregonar su simpatía por el pueblo español, para pedir a sus gobiernos respectivos la ayuda a que la España republicana tiene derecho.

En Francia, la Fiesta del Trabajo se celebró en todas las ciudades, en todos los pueblos bajo este signo. En París se ha celebrado este año con un número de manifestantes sin precedentes. Los trabajadores franceses se han pronunciado unánimemente por la plena aplicación del programa del Frente Popular y especialmente por la ayuda hacia los heroicos camaradas españoles que más allá de los Pirineos luchan y dan su vida por la España que quiere ser libre.

Ya los diarios han informado minuciosamente al público del entusiasmo y fervor inusitado con que las masas democráticas han manifestado su adhesión, en este día, hacia la España que lucha contra el fascismo por su independencia y su libertad. Lo mismo ha ocurrido en Inglaterra, en Bélgica...

Mientras las masas democráticas de todos los países han declarado en este Primero de Mayo, de una manera que no deja lugar a equívocos, cuál es su verdadero sentir respecto a nuestra lucha, los gobiernos respectivos

aún se debaten en una política internacional preñada de cobardías y vacilaciones. Vacilaciones con las que especula el fascismo para burlar descaradamente cuantas medidas se ponen en vigor con la intención de atajar el fuego de esta guerra. En una palabra: La política internacional de los países democráticos tiende angustiosamente a que nuestra lucha tenga un carácter exclusivo de guerra civil. Esto es lo mejor que de los Gobiernos de Francia y de Inglaterra podemos decir. Pero las masas de esos países comprenden que esas constantes violaciones a la no intervención por parte de los países fascistas agravan paulatinamente el panorama internacional y que nuestra lucha, de rechazo, cada día cobra un perfil internacional más acusado. De un lado, los apetitos de un imperialismo cada día más cruel; de otro, el ansia de paz y libertad de las masas democráticas.

Por eso *Izvestia*, en su editorial del 1 de Mayo, escribe:

"Los obreros de todos los países celebran el Primero de Mayo de este año en una situación internacional y política de extremada tensión. La lucha entre el viejo mundo y la Humanidad avanzada y progresiva ha entrado en un período de desarrollo de los más profundos conflictos que amenazan estallar a cada momento. La burguesía imperialista busca salida por el procedimiento del fascismo. El fascismo es la guerra anexionista para una nueva transformación del mundo. No todos los países burgueses están interesados actualmente en la guerra; quieren conservar lo que ha sido conquistado en guerras precedentes y mantener este estado de cosas, por lo cual son partidarios de la paz.

El país soviético ha dado infinitas pruebas de su deseo de sostener bajo cualquier esfuerzo, y en cualquier país, la aspiración de dar ga-

rantía a la Humanidad contra una nueva guerra sangrienta.

Sin embargo, un verdadero sistema de seguridad colectiva no ha sido puesto todavía a los transgresores de la guerra. Los agresores fascistas se conducirían más prudentemente si supieran que encontraban una debida resistencia, siendo España el nudo más complejo de esta mezcla de contradicciones imperialistas actuales. Alemania e Italia, que dieron principio a la intervención en España, han arrancado algunas hojas al calendario para aproximar la fecha de la Gran Guerra.

El dominio en la Península Ibérica del fascismo significaría el aumento en numerosos hogares del peligro de la guerra.

El movimiento antifascista se hará aún más fuerte que lo que ellos suponían. La derrota sufrida por las divisiones italianas en el frente de Guadalajara es la primera lección dada al imperialismo italiano y alemán. Mas no es solamente una lección para ellos, puesto que los representantes de los países burgueses democráticos en el Comité de Londres, encubriendo las hazañas sanguinarias del fascismo con la fórmula "no intervención", se verán obligados a realizar deducciones muy serias ante los últimos acontecimientos españoles.

La actitud referente a la lucha que tiene lugar en España es un índice director del deseo de defender la causa de la paz y luchar por la conservación de la democracia."

Esto es lo que expresa un pueblo en donde dirigentes y dirigidos piensan de la misma forma, y esto mismo es lo que las masas democráticas de los distintos países les dicen a sus respectivos Gobiernos en este Primero de Mayo. ¡Caerán nuevamente, como hasta ahora, estas consideraciones en el vacío!



No podéis imaginaros cuán difícil es orientarse por la noche en una ciudad desconocida.

Casi todas las noches, tras apagar el alumbrado, estoy aún en la Telefónica, donde los periodistas, con paciencia casi española, aguardan horas y más horas, en la esperanza de tener noticias de Londres o de París.

A veces, cuando al fin habéis aplicado el casco a los oídos, colgado del pecho el teléfono, un censor os advierte afligido que el Gobierno ha requisado la línea y que tendréis que esperar dos o tres horas todavía. O bien, si tenéis la suerte de comunicar con Londres o París, no oís entonces sino un gorjeo de pajarillo ahogado en un huracán de silbidos y de clamores extraños. Todo lo que podéis entender es que no os entienden.

Entonces os veis precisados a deletrear cada palabra y, en la oscuridad del aposento, salpicado de reflejos azulados, se oye la voz de los periodistas aullar con desesperación: "¡N, como Napoleón! ¡V, como Victoria! ¡Anatole! ¡Ursula! ¡Zoé!"

A las veces, el huracán mismo se calla. Silencio. Entonces nos miramos unos a otros. ¿Es el acostumbrado sabotaje de "la quinta columna del general Franco?" O bien ¿la carretera de Arganda por donde pasan los cables telefónicos, la carretera donde se lucha tan furiosamente, habrá sido? ¿No podría oírse ya la voz misma de Madrid? Pero no, no podrá ser consumado el cerco de la ciudad. Después de cuatro meses de asedio, Madrid, el heroico, permanece invencible. Y con qué emoción repetimos al día siguiente en el aparato: "Aquí Madrid... Habla Madrid..."

Pero, tras el contratiempo del teléfono, hay que volver al hotel.

Salimos de la Telefónica, cuya entrada tenebrosa está custodiada por soldados armados. A partir de las diez, cada uno debe estar en casa. Desaparecen los transeúntes.

Extraña sensación la de recorrer en una oscuridad absoluta las calles desiertas de una capital. Ningún indicio de luz en las ventanas. Un silencio sobrenatural. No se oye más que el ruido de los propios pasos, cuyo eco repercute, enorme, contra murallas invisibles. Caminamos como en angustiada pesadilla. Cree uno hallarse en una ciudad muerta y uno duda que ésta pueda algún día salir de la sombra y el silencio. Nos sen-

timos semejantes a un espíritu vagabundo, en un mundo de fantasmas.

Por fortuna, tuve la precaución de traer de París una linterna, y trato de orientarme. Pero las más de las calles no tienen placa con su nombre. O si la tienen, uno se apercibe de que han sido rebautizadas. Ahora se llaman: avenida de la Libertad, o plaza del Pueblo, o calle Durruti. Esto alegra el corazón, pero no informa, sino imperfectamente, al viajero extraviado.

La linterna, al menos, me sirve para no tropezar en las esquinas de las aceras, y sobre todo para no caer.

A las veces, un auto corre como tromba por las avenidas, y uno se siente, a modo de conejo, sorprendido por los faros. No sabe uno dónde esconderse.

No faltan, sin embargo, los encuentros en estas calles nocturnas. Súbito, surge de la sombra un chorro

de luz que os hiere en pleno rostro. Sois así abandonados, sin defensa alguna, a gentes perfectamente invisibles. Sospecháis que son vigilantes de servicio que os piden cuentas. Son ellos, en efecto. Una voz baja pronuncia rápida una frase en español y al punto, sin titubeos, es preciso responder con otra. Por desgracia, nunca sabéis de quién aprender esa famosa consigna, que varía cada noche. Y si por casualidad la sabéis, cuando no habéis tomado más que seis lecciones de español antes de abandonar París, puede ocurrir que, con la emoción, la olvidéis o que no articuléis sino voces desprovistas de significación. Entonces, revelando haber movido a sospecha, repetimos: "Periodista francesa", en tono bastante apiadador, y al azar sacáis del bolso la documentación. En fin, tras muchas explicaciones, todo se arre-

glia; los vigilantes y vosotros mismos tornáis a desaparecer en la oscuridad.

Afortunadamente, está el cielo. Un cielo límpido sobremano, con estrellas gruesas como avellanas, rojas, amarillas, verdes, de todos los colores. Estrellas que brillan con tanto júbilo que semejan danzar, allá en las alturas, y es un espectáculo confortativo para quien está empozado en las tinieblas de una guerra sin cuartel. Creo que no he admirado ningún cielo tanto como el de Madrid, un cielo casi al alcance de la mano, ingravido, amistoso. Toda la luz está en el firmamento y, entre los tejados de las casas, dibuja las calles un río de estrellas. Entonces, enhiesta la cabeza, levantada la vista, uno se deja arrastrar por ese río.

De improviso, un estampido enmanta el silencio. Es el cañón, que atruena. Se ha desencadenado un ataque, muy cerca, en el Parque del Oeste, en la Ciudad Universitaria o en

la Casa de Campo. O bien se oye un zumbido ligero, como de abeja. Es un zumbido que sobresalta el corazón. Los vigilantes de servicio se lanzan al medio de la calle para detener a los coches.

—¡La luz!—gritan con voz imperiosa.

Entonces los coches mismos apagan los faros, marchan a ciegas, a pique de subir a las aceras. En esta oscuridad no es cuestión de descubrir la entrada de un refugio o de refugiarse en una casa. Todas las puertas están cerradas, han cortado la luz en toda la ciudad. Tras estos murros, en las tinieblas, hombres a la escucha, mujeres trémulas, con sus hijos en brazos.

El zumbido se acrece, enmanta el hermoso cielo. Los aviones enemigos vuelan sobre la ciudad.

Pero eso, ya es otra historia.

SIMONE TÈRY

## EL CAPITAN MERINO

Camarada Guillermo Carnero:

Hace casi un año que nos hemos perdido de vista. Hace casi el mismo tiempo que los fascistas, uniéndonos más, nos han dividido. Yo te he recordado muchas veces. Sin que nadie me lo dijera, sabía que tú y tu hermano y nuestro camarada Carlos Merino estaríais batallando en algún frente. Y ahora, con un retraso que avergüenza, recibo esta noticia: "El capitán Carlos Merino, de ametralladoras, ha caído luchando en el frente de..."

¡Ha caído nuestro gran amigo Merino! Ha muerto aquel muchacho serio, feo, estudiante, comunista y cordial, que tú—o no sé quién—me presentaste poco después de yo llegar a Madrid.

Quiero recordar ahora como periodista aquella primavera del 35, después del octubre sangriento, cuando más estrechamente nos hemos conocido los tres en Villalba de la Sierra.

¡Octubre del 34! Nuestra "Pasiónaria" andaba por Asturias recogiendo niños huérfanos, niños cuyos padres habían sido muertos en la lucha o asesinados después de la rendición. Y tú y Merino, estudiantes de la F. U. E., aspirantes al Magisterio, como nuestra Dolores lo había sido, llevasteis aquellos niños a la Sierra de Cuenca a que se repusieran. Y yo, periodista entonces como ahora, fui con vosotros, necesitado también de los aires de la Sierra.

No lo olvidaré nunca. Jamás sentí, como entonces, tan elevada en lo hondo aquella necesidad de conciencia. Vosotros, dos niños grandes, me enseñasteis con vuestro ejemplo serio a ser hombre de principios.

Quizá vosotros no os hayáis dado cuenta; pero aquella excursión a la

"Ciudad Encantada" fué para mí una lección inolvidable.

Merino, tú y yo fuimos los responsables de conducir la chiquillada en burro por los bordes de los precipicios. Fácil fué la ida, cantando, entre los pinares de Cuenca. Agradable y soleada fué la tarde entre las irreales rocas de aquella ciudad fantástica. Pero a la vuelta... ¿Recuerdas? ¡Ah! Nosotros éramos los responsables de la aventura. Y los niños se nos dormían, de cuatro en cuatro, sobre los burros, y los burros marchaban como cabras sobre los bordes de roca, y abajo se abría el precipicio...

Por fin salimos bien.

Y recuerdo también aquella noche en que Merino y yo hacíamos guardia en los dormitorios, tapando los cuerpos mal nutridos de aquellos niños, que por primera vez dormían en un lecho mullido. Pero sus cabecitas atormentadas no hallaban descanso, y, especialmente las niñas, se levantaban a veces, dando gritos, porque una había soñado, y decía haber visto el tricorno de un civil asomado a la ventana. Tú y Merino tratábais a aquellas criaturas con un enternecedor cariño de hermanos mayores.

Y ahora Merino se nos ha ido, y los demás andáis desparramados por varios frentes, que serán pronto frentes de victoria ancha, como el corazón de esa juventud que está dando su sangre porque no haya más niños hambrientos ni alucinados por tricornos de tragedia.

Recibe, camarada Carnero, este tardío recuerdo dedicado a nuestro Merino, junto con un cordial saludo de

LINO



## La alegría en la Guerra

Llevar la alegría y la diversión a pocos pasos de la guerra. Provocar la risa limpia, fuerte y sana. Afirmar en nuestros soldados la idea de que esta lucha, por dramática que sea, es la alegre confirmación de nuestra fuerza, de que la muerte misma es alegre cuando sirve para defender y asegurar la vida que quiere arrebatarnos el enemigo. Ridiculizar a este enemigo, mostrando su falsedad, sus bajas ambiciones y su hipocresía al desnudo. Hacer una propaganda inteligente, porque va unida a la educación y se recibe con toda facilidad y en medio de una franca alegría. He aquí la labor del guñol «La Tarumba», al servicio del Comisariado General de Guerra.

De frente en frente, de avanzada en avanzada, utilizando toda su vieja experiencia artística y revolucionaria—el antiguo guñol «La Tarumba», «El retablo de maese Pedro», el primer teatrillo revolucionario que fué el guñol «Octubre», todo ello está hoy incorporado a la guerra y visita incansablemente a los camaradas que en las trincheras están lejos de lo que

pueda suponer unos instantes de diversión y adonde no pueden llegar otros medios de propaganda.

...

—En la retaguardia no se olvidan de nosotros—dicen, alegres, a la llegada del guñol—. ¡Hasta teatro nos envían!

Y en su gozo auténtico, casi infantil, insisten constantemente en prestar su ayuda para armar el pequeño tinglado. Saludan alegres a los muñecos cuando aparecen:

—¡Es Cristobita! ¡Currito!

Y en cada región se reconoce por su nombre al viejo amigo que dejaron en las plazuelas de sus pueblos y que hoy se incorpora a ellos en la lucha histórica.

Captan en seguida la intención de las palabras, de los gestos. Reaccionan violentamente contra los muñecos representativos de enemigos del pueblo. ¡Cuántos insultos que instintivamente salen a los labios van a caer sobre un rígido y golpeado Queipo de cartón!

Muchas veces, al terminar el espec-

táculo se acerca un miliciano, diciendo:

—¡Si vieseis con qué fuerza apretaba el fusil entre las manos! Me ha costado trabajo contenerme y no empezar a tiros—y rompe a reír—. Vosotros no estáis tranquilos, porque el día menos pensado os sueltan un tiro en una mano.

—¿Cuándo volveréis?—preguntan los oficiales, los comisarios. Y estas palabras se repiten a través de miles de soldados de todos los frentes recorridos, de los muchachos que se saben y sienten recordados por la retaguardia a la vista del teatrillo de guñol—. ¿Cuándo volveréis?

Y la contestación es siempre la misma:

—No lo sabemos; hemos de recorrer todos los demás frentes antes de poder volver. Hay que llegar a los camaradas de Andalucía, de Madrid, a todos.

...

Convendría que hubiesen más equipos de guñol. Para los frentes, para las guarderías, para los hospitales, para la población civil.

Teniendo las avanzadas como zonas a recorrer, el guñol «La Tarum-

ba» entra de tarde en tarde en los hospitales y guarderías.

Y la alegría de los heridos, de los niños, es tan grande—aunque distinta—como la que sienten nuestros hermanos que luchan.

Se deben multiplicar los guñoles, se deben pedir a los poetas y escritores del pueblo farsas adecuadas y en abundancia.

Más alegría para los que luchan y más alegría para los que esperan.

RUANOVA



# POR LOS FRENTEROS EN CALMA

## USERA

### El Hogar del Combatiente, las trincheras y el cerco de cadáveres

Hasta hace muy poco, en el frente de Usera se ha venido combatiendo por algunos sitios entre casa y casa; los parapetos han sido tabiques, tabicados a medida que se avanzaba con la piqueta de fortificaciones. Hoy ya, el barrio de Usera está a nuestros espaldas. Y delante, los fascistas se cobijan en grupos de casas, deshechos por la metralla, y entre cuyos escombros sólo se levantan ordenadamente unos sacos terreros.

#### EL HOGAR DEL COMBATIENTE

Las fachadas de los edificios picadas por las balas y el interior de las viviendas destruidas hablan de la dureza de la lucha para reconquistar Usera. Y entre aquellas casas que han sufrido la guerra, un gran edificio de reciente construcción sirve de refugio a los soldados: El Hogar del Combatiente.

Antes era un grupo escolar. Unas paredes limpias y altas lo aislan de

las otras casitas del barrio. Los grandes ventanales y la escalinata de entrada contrastan con los muros de tierra de las trincheras.

Estos Hogares abundan en todos los frentes. Los comisarios y los soldados los cuidan con cariño, porque son lugares de descanso en los días en que no hay que estar de guardia en los parapetos. Antes, a los soldados de Usera los veíamos sentados a las puertas de las casitas, entre los escombros de la guerra. Hoy, el Hogar del Combatiente ha transformado estas estampas. Los doscientos o trescientos soldados que van allí diariamente se reparten por el gran edificio: biblioteca, sala de recreo, clases para analfabetos, de especialidades...

El gran periódico mural—«El Guerrillero»—dice mucho del buen gusto de la Brigada. Y el periódico impreso—«Avanzadilla»—que se escribe en el Hogar, elogia asimismo el trabajo de los comisarios.

#### ¿Y A HE COBRADO...!

En la Biblioteca hay perfectamente alineados y seleccionados siete mil quinientos volúmenes. En todo el sector existen doce periódicos murales, seis «Rincones Rojos» y cinco escuelas a cargo de maestros de la F.E.T.E. Estas últimas saltan de un parapeto a otro; según avanza nuestro Ejército, así avanzan los «clases» de las escuelas.

El comisario acostumbra a decir que quien no sepa firmar no cobrará. Y los grupos de diez que constituyen una clase se han aplicado tanto, que el comisario del 6.º Batallón me cuenta esta anécdota:

Ante un grupo de analfabetos les recordo lo de la firma. Y al mes, cuando estaban pagando a los del Batallón, uno de aquellos soldados analfabetos se le acercó alegre al comisario para decirle:

—¡Ya he cobrado...!

Ante el gesto extraño del comisario Peribañez, el soldado recalcó ufano: —¡Me han enseñado a escribir en el Hogar...!

#### LOS ANTIGUOS HOTELITOS PEQUEÑOBURGUESES

Conforme se va uno acercando a las trincheras, surgen los «Rincones Rojos». Son casitas de una sola planta. Los soldados han cuidado aquellos jardines abandonados en un día de noviembre. Algunos de los muebles han sido sustituidos, y los otros que formaban el hogar pequeñoburgués se han acoplado pronto a las necesidades de los Batallones. La clásica mesita de comedor es ahora refugio de periódicos y revistas. En las paredes han desaparecido los retratos familiares del día de la boda y de los padres y los abuelos del propietario de la casa. En su lugar hay consignas, gráficamente presentadas, sobre la limpieza de las trincheras, del cuerpo y del fusil.

En las casitas que hay jardín, el Rincón se extiende hasta la verja de madera. El jardincillo está más cuidado que nunca, y nuevas macetas de geranios y claveles de otros jardines han venido a alegrar el ambiente.

A cien metros escasos están las avanzadillas, con la visión horrenda de la guerra. El aseo del Hogar y de los Rincones sigue hasta los parapetos. Aquí también están limpios los suelos, donde descansan unos soldados mientras vigilan los otros. Delante de nuestros parapetos, un retazo de campo removido nos distancia de las trincheras enemigas. Por unos lados hay veinte, treinta metros; por otros, hasta diez.

#### DESDE AQUEL DÍA DEL MES DE ENERO

Desde una tronera se observa sobre el campo los cuerpos inermes de unos diez o doce hombres. Son bultos grisáceos tendidos a poca distan-

cia unos de otros. Un comisario dice que aquellos cadáveres están allí desde el 13 de enero. Nuestros avanzadillas sufrieron un ataque fortísimo a las tres de la madrugada. Los fascistas saltaron de su trinchera y se lanzaron sobre la nuestra. Pero las ametralladoras cantaron como nunca. Los hombres, pegados con los fusiles a las troneras, nada más que hacían saltar cargadores y más cargadores... Allí nadie tuvo un momento de desfallecimiento. Durante hora y media no descansaron los fusiles ni las ametralladoras, que detuvieron con su barrera de fuego el ataque enemigo. A las cuatro y media de la madrugada, nuestros hombres estaban enardecidos por el combate. El mando ordenó entonces contraatacar, y ahora fuimos nosotros los que salimos de las trincheras. La lucha adquirió la crudeza que al principio. Los fusiles y las ametralladoras siguieron cerrando las oleadas de fuego hasta las siete de la mañana. Cuando ya era de día, los hombres retornaron a sus respectivos parapetos. Unos y otros volvieron con las manos ardiendo y los ojos quemados de tanto avizorar en la noche oscura...

#### EL CERCO DE CADAVERES

Sobre aquel retazo de campo que ahora observamos desde la tronera quedaron tendidos los cuerpos de unos hombres. Allí están desde enero. Siguen a otros cuerpos que vienen extendiéndose desde el Jarama hasta los montes de El Pardo, para continuar luego por la Sierra en dirección a la Alcarria. Toda la línea de fuego alrededor de Madrid está cubierta de hombres muertos. Un cerco de cadáveres que su grado de descomposición se diferencia por los distintos ofensivos de Franco.

Los cadáveres que yacen entre unos y otros parapetos nadie los puede recoger. Y si hay que salir de la trinchera para atacar, se pasa incluso por encima de ellos. Nuestra retaguardia también conoce lo que representa ese cerco de cadáveres. Y mientras se intensifica la producción, la vacuna antitífica prende en la población civil.

#### EL CLÁSICO PARAPETO DE LA MUERTE

Siguiendo la línea de trincheras, hay un puesto a diez metros del enemigo. Por la tronera se ven, casi encima de nosotros, unos montones de sacos terreros medio destruidos. Extraña esta trinchera tan cerca, desde donde se oyen todas las noches las conversaciones del enemigo. Los hombres que defienden nuestro parapeto lo llaman el «parapeto de la muerte». Es el clásico denominativo de todos los frentes. Pero de todos los parapetos

de la muerte, puede decirse que éste es uno de los más peligrosos. Yo no he visto nunca al enemigo a diez metros de distancia. Cuando se me ran aquellos sacos terreros en posición se sienten ganas de lanzar una bomba de mano para hundirlo más entre los escombros. Los días de combate se deben disparar por aquí los tiros a bocajarro.

#### EL CAPITAN RODRIGUEZ, QUE YA HA RECIBIDO TRES HERIDAS

Estas trincheras las defienden los hombres que antes pertenecían al batallón «Pablo Iglesias». Con la organización del Ejército Popular, este batallón se ha transformado en uno de los que es jefe militar Juan López, y comisario de guerra Juan López Fovedo, dos obreros revolucionarios de la construcción.

Los hombres de la Brigada son los que hecharon del jefe militar y del jefe político. En su puesto de combate, el capitán me cuenta con sencillez la historia de guerra. Se llama Miguel Rodríguez. Antes de la guerra era un obrero. En los primeros días fue a dar un paseo a Talavera y se quedó allí. Después se trasladó a Madrid. Ha recibido varias heridas. La primera en Navarra, de la Mata, donde conquistamos un grado de alférez. En Talavera recibió otra herida—en un hombro—y en el frente de Guadalajara fué herido por tercera vez. Los fascistas han querido

cuantas veces han querido matarlo.

Miguel Rodríguez está hecho a los mordeduras de las balas. heroísmo le hizo capitán en octubre y le ha hecho caer herido varias veces.

El Batallón «Pablo Iglesias» está guiloso de haber dado al Ejército los días más difíciles de nuestra guerra. Y los soldados tienen fe en sus jefes porque éstos conocen muy bien las balas del enemigo.

Los antiguos y gloriosos Batallones «Pablo Iglesias» y «Frente Rojo», de la Brigada del Ejército Popular, defienden Madrid en Usera con una meza admirable. Es una Brigada que casi todos los días está apuntando números de casas y de calles en las partes oficiales de guerra.

Manuel CACERES

Manuel Riquelme tiene una pluma y sus dedos bastos y llenos de dedos. Es un hombre maduro, de ojos y barba revuelta. Vuelve la cabeza y se sonríe.

«¿Qué haces?»  
«Escribo a mi mujer y a mis hijos. Hace un mes no sabía coger la pluma. En cuarenta años que tengo de escribir, y ahora...»  
«¿Y ahora?»  
«Ahora —interrumpe gozoso— me gusta escribir. Me gusta escribir, y todavía lo hago muy a menudo.»

«¿Y me muestra la carta, de escritura tan difícil de nuestra guerra?»  
«¿Qué compañía? Me alegraré de recibirla.»  
«No, hombre, no. Está bien. Ya me alegraría si me pintara en los ojos azules.»  
«Siempre les dice lo mismo —nos dice— el maestro, camino de la puerta. Y es la fe. ¡Tú sabes, camarada, fe con que esta gente trabaja!...»  
«Sí, lo sé. Y también sé de tu cá-

## CASA DE CAMPO

### Una escuela en las trincheras, «El Manco» y los combatientes y el Socorro Rojo

#### ESCUELA EN LAS TRINCHERAS

acompañan los comisarios De la Vega y Ruiz Molina. Vamos por el camino del local en donde se dan las clases. De vez en cuando las perdidas silban entre el follaje de los árboles. Aquí es. Una casa que se ha convertido en escuela. Los niños se sientan en pupitres, otros en el suelo. Los milicianos leen y escriben. Una sigilosa entrada ha pasado la historia de guerra. Se llama Miguel Rodríguez. Antes de la guerra era un obrero. En los primeros días fue a dar un paseo a Talavera y se quedó allí. Después se trasladó a Madrid. Ha recibido varias heridas. La primera en Navarra, de la Mata, donde conquistamos un grado de alférez. En Talavera recibió otra herida—en un hombro—y en el frente de Guadalajara fué herido por tercera vez. Los fascistas han querido

cuantas veces han querido matarlo.

Manuel Riquelme tiene una pluma y sus dedos bastos y llenos de dedos. Es un hombre maduro, de ojos y barba revuelta. Vuelve la cabeza y se sonríe.

«¿Qué haces?»  
«Escribo a mi mujer y a mis hijos. Hace un mes no sabía coger la pluma. En cuarenta años que tengo de escribir, y ahora...»  
«¿Y ahora?»  
«Ahora —interrumpe gozoso— me gusta escribir. Me gusta escribir, y todavía lo hago muy a menudo.»

«¿Y me muestra la carta, de escritura tan difícil de nuestra guerra?»  
«¿Qué compañía? Me alegraré de recibirla.»  
«No, hombre, no. Está bien. Ya me alegraría si me pintara en los ojos azules.»  
«Siempre les dice lo mismo —nos dice— el maestro, camino de la puerta. Y es la fe. ¡Tú sabes, camarada, fe con que esta gente trabaja!...»  
«Sí, lo sé. Y también sé de tu cá-

Manuel CACERES

Manuel Riquelme tiene una pluma y sus dedos bastos y llenos de dedos. Es un hombre maduro, de ojos y barba revuelta. Vuelve la cabeza y se sonríe.

«¿Qué haces?»  
«Escribo a mi mujer y a mis hijos. Hace un mes no sabía coger la pluma. En cuarenta años que tengo de escribir, y ahora...»  
«¿Y ahora?»  
«Ahora —interrumpe gozoso— me gusta escribir. Me gusta escribir, y todavía lo hago muy a menudo.»

«¿Y me muestra la carta, de escritura tan difícil de nuestra guerra?»  
«¿Qué compañía? Me alegraré de recibirla.»  
«No, hombre, no. Está bien. Ya me alegraría si me pintara en los ojos azules.»  
«Siempre les dice lo mismo —nos dice— el maestro, camino de la puerta. Y es la fe. ¡Tú sabes, camarada, fe con que esta gente trabaja!...»  
«Sí, lo sé. Y también sé de tu cá-

Manuel CACERES

Manuel Riquelme tiene una pluma y sus dedos bastos y llenos de dedos. Es un hombre maduro, de ojos y barba revuelta. Vuelve la cabeza y se sonríe.

«¿Qué haces?»  
«Escribo a mi mujer y a mis hijos. Hace un mes no sabía coger la pluma. En cuarenta años que tengo de escribir, y ahora...»  
«¿Y ahora?»  
«Ahora —interrumpe gozoso— me gusta escribir. Me gusta escribir, y todavía lo hago muy a menudo.»

«¿Y me muestra la carta, de escritura tan difícil de nuestra guerra?»  
«¿Qué compañía? Me alegraré de recibirla.»  
«No, hombre, no. Está bien. Ya me alegraría si me pintara en los ojos azules.»  
«Siempre les dice lo mismo —nos dice— el maestro, camino de la puerta. Y es la fe. ¡Tú sabes, camarada, fe con que esta gente trabaja!...»  
«Sí, lo sé. Y también sé de tu cá-

lido entusiasmo. A pesar de tus protestas—son ellos, son ellos—, yo bien sé que tú, Juan José Gómez, no cobras nada y que todos los días, desde las nueve de la mañana hasta las doce y media, trabajas febrilmente en tu escuela, entre el silbar de las balas y de los obuses.

A la salida, camino de las trincheras, el comisario De la Vega me dice: —Aquí se combate de igual manera al fascismo que a la ignorancia, los enemigos del pueblo.

#### LOS NUEVOS RECLUTAS

Los hombres que desde los primeros momentos tomaron las armas, están hoy en los frentes con los nuevos reclutas.

«Es gente valiente y disciplinada —nos dice De la Vega—. Nosotros, los comisarios, hemos trabajado grandemente cerca de ellos, con gran resultado. Era gente en su mayoría sin una completa formación política y había que inculcarles nuestro entusiasmo, mostrándoles lo que en esta guerra ganábamos. Grande ha sido el esfuerzo, pero ha tenido su compensación. Hoy, los nuevos reclutas saben, tan bien como los luchadores de julio, el hondo significado que para el pueblo laborioso es combatir al fascismo.»

«EL MANCO»

Recostado sobre un recodo de la trinchera está «el Manco». Ha combatido en numerosos frentes. Desde los primeros momentos se incorporó a la lucha, a pesar de su defecto físico.

«Me ponían reparos para el ingreso en el Batallón Campesinos del Tíetar, pero yo les demostré que, aunque me faltaba una mano, tiraba como el mejor.»

No en balde fué cazador furtivo. —Tirar con estos fusiles no tiene ningún mérito—nos dice.

Ahora es dinamitero. En los ataques al enemigo «el Manco» va siempre en primera fila, con la cintura lle-

na de bombas, bombas que él arroja con su única mano útil—la izquierda—, después de haberle quitado el percutor con un gancho que lleva en el cinturón. Cuando le preguntamos cómo se las arregla para disparar con una sola mano, se ríe y nos dice: —«Dadme una herramienta y lo veréis.»

#### LOS COMBATIENTES QUIEREN AL SOCORRO ROJO

Ya de regreso, Ruiz Molina nos habla del prestigio que entre los soldados del pueblo adquiere el Socorro Rojo. Algunos, bastantes de nuestros luchadores, ya conocían al Socorro Rojo Internacional antes del movimiento. Era la época heroica, cuando el Socorro Rojo trabajaba en plena clandestinidad, aportando su ayuda material y aliento a los perseguidos sañadamente por los sicarios de Gil Robles y de Lerroux. Ahora, cuando la traición de los militares puso al pueblo trabajador en las trincheras, el Socorro Rojo ha ido nuevamente al encuentro de nuestros luchadores. Por eso los soldados del Ejército Popular no se olvidan del Socorro Rojo, y todos los meses, cuando cobran sus haberes, apartan una cantidad de ellos con destino a nuestra Organización.

Un miliciano del 2.º Batallón dió 200 pesetas, y dijo ante sus camaradas:

«El dinero que se entrega al Socorro es más productivo que si se guardase en una alcancía. Siempre tienes la seguridad de encontrar ayuda cuando la necesitas.»

«Y si no necesitas tal ayuda? —le preguntó otro miliciano.

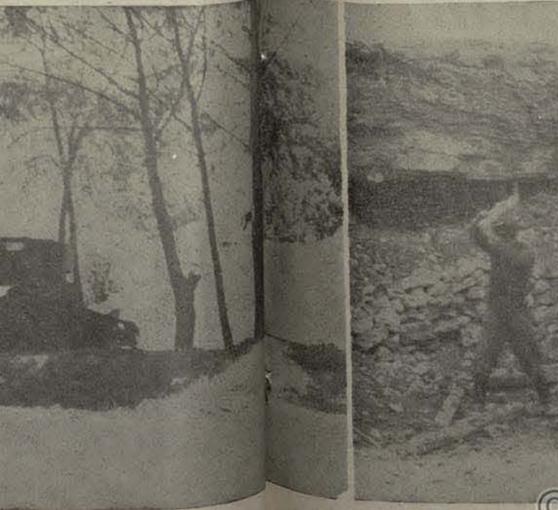
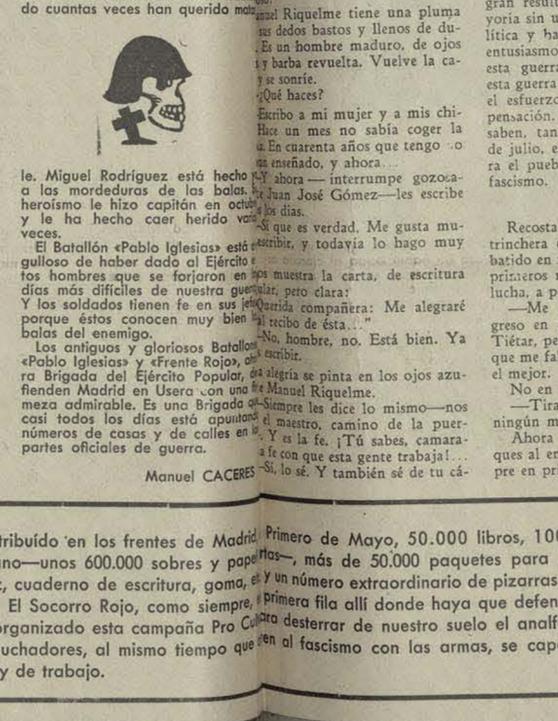
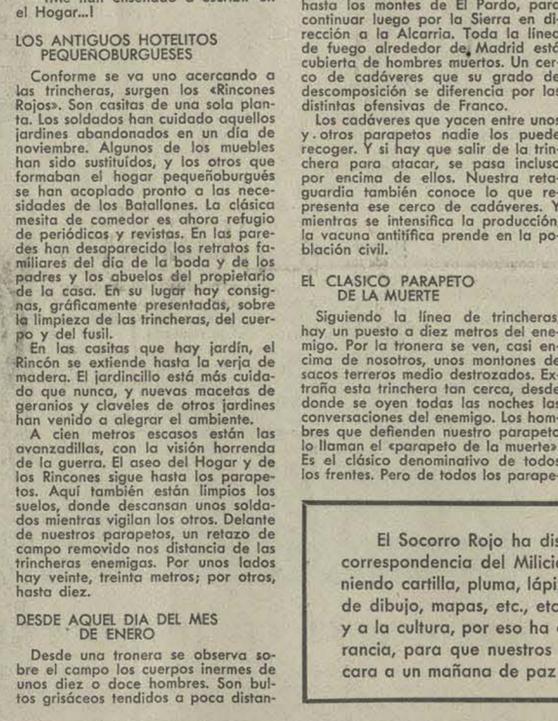
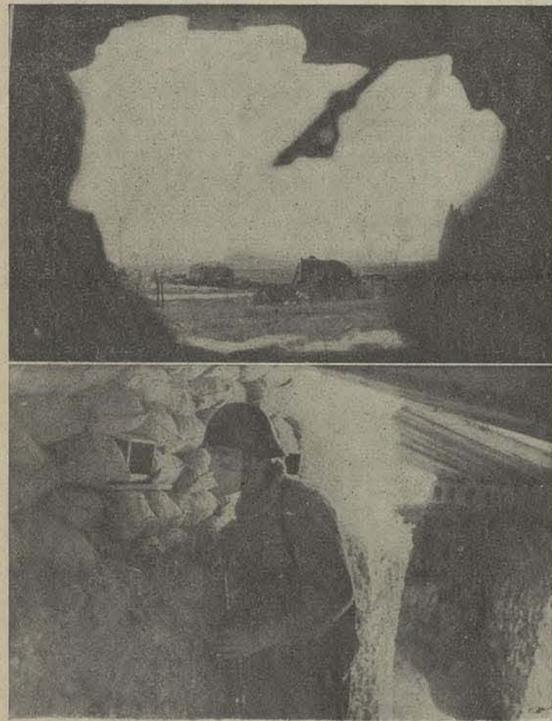
«Siempre la necesitará algún camarada—fué su respuesta.

«Cuando se comete alguna falta—nos dice Ruiz Molina—, nosotros los comisarios somos los encargados de ponerla de relieve. Y se da el caso, frecuentísimo, de que ellos mismos se sancionan imponiéndose multas voluntarias con destino al Socorro Rojo. Calculo que el ochenta por ciento de los componentes del 2.º Batallón son cotizantes de esa humanitaria institución.»

Nos despedimos de nuestros acompañantes, fuera de la Casa de Campo, cuando los cañones extranjeros lanzan los obuses por encima de nuestras cabezas, rumbo a nuestra heroica ciudad. El ruido lejano de las explosiones ensombrece el rostro del comisario De la Vega.

«¡Es canalesco este bombardeo! Pero ya llegará el día...»

J. J. M.



# NUESTRAS CAMPAÑAS

Nuestros luchadores de las trincheras combaten con las armas al fascismo, y sus victorias preparan los cimientos sobre los que levantar una España libre y culta. Al compás de la lucha, en todas las Brigadas, se realiza una honda labor cultural que capacite al soldado de hoy para un trabajo fructífero en la reconstrucción del nuevo edificio social. El S. R. I. no podía quedar al margen de esta honda la-

bor. El analfabetismo ha sido siempre en España un mal endémico sobre el que las clases pudientes levantaron sus privilegios. Por eso, combatir a la ignorancia es indirectamente derrotar al fascismo.

El Comité Provincial de Madrid del S. R. I. ha emprendido una extensa campaña Pro Cultura; campaña iniciada en la simbólica fecha del 1.º de Mayo. Miles y miles de libros y de pa-

quetes conteniendo material escolar—cartilla, plumas, lápices, cuadernos, etc.—han sido distribuidos por nuestros camaradas de la Sección de Guerra del Socorro Rojo Internacional, por todos los frentes de Madrid.

En esta campaña Pro Cultura, el S. R. I. pone todo su cálido entusiasmo para que el día de mañana todos los trabajadores sean cerebros útiles en la reconstrucción de la España nueva.

## EL TERROR PARDO

### SIETE MESES EN LA ZONA FACCIOSA

Veinticinco de julio. El dominio de los facciosos es definitivo. La resistencia del proletariado de Sevilla es vencida ante la superioridad del armamento y organización de los sublevados, que emplean a fondo sus mejores tropas, compuestas de Legionarios y Regulares traídos precipitadamente de Marruecos.

No obstante esto, los facciosos tropiezan con serias dificultades para la organización de las columnas que con objetivos netamente militares han de realizar el avance sobre Madrid, cuya conquista es su sueño dorado.

Para mejor subsanar estas dificultades, los militares sublevados conceden facultades ilimitadas a las distintas organizaciones de la reacción para que éstas realicen la acción punitiva sobre las amplias masas de la población antifascista. Inmediatamente se organizan Comisaría especiales de las distintas fuerzas englobadas en el movimiento faccioso, integradas por Falange, Requetés, Guardias cívicos (creados inmediatamente de surgir el movimiento), Guardia civil y Policía.

La libertad de acción de estos grupos y las facultades concedidas a los mismos no alcanza límites. El terror se ensaña sobre las amplias masas obreras y antifascistas de Sevilla de una forma jamás conocida. El terror desencadenado hace más estragos que una virulenta epidemia de cólera. Las matanzas en masa están a la orden del día. Las calles de la población y los barrios obreros son teatro diario de la masacre más espantosa. La sed de sangre de la bestia fascista no alcanza límites. Hombres, mujeres y niños son sacrificados bestialmente en aras de un odio feroz de clase. Esta masacre violenta, esta tempestad de odios y de venganzas se extiende sobre la población laboriosa como una tromba hasta mediados de septiembre. En este período de tiempo, las masas obreras y la población antifascista pagan su tributo a la Libertad, con la vida de centenares de sus hijos más abnegados.

La bestia fascista ha sacrificado millares de criaturas a su odio feroz y a sus ansias de exterminio. La consigna es definitiva, contundente: «QUE NO QUEDE NI UNO. NI LA SEMILLA», y esta consigna se cumple a rajatabla.

En las Comisaría y cuarteles de estas fieras, donde se decretaban los fusilamientos, no quedaba constancia del nombre de las víctimas. El calvario a que sometían a los familiares de los fusilados para averiguar el paradero de sus deudos era algo horrendo. Jamás dieron una contestación categórica del fin trágico de los mismos. La incertidumbre, la duda y el dolor más agudo atormentaba sema-

nas y semanas a los familiares de los antifascistas fusilados.

Esta política de terror desenfundado era practicada también en los pueblos de la provincia que iban sometiendo. El odio, el terror y la muerte fué sembrado a voleo en la ciudad y en el campo.

A mediados de septiembre, cuando la situación militar quedó despejada para los facciosos, se centralizaron los servicios de represión en una sola Comisaría. Esta quedó instalada en un edificio-escuela de la Compañía de Jesús.

Un nuevo elemento quedó incorporado a la represión: LA IGLESIA.

A partir de este momento se perfeccionan y agudizan los métodos de terror. Al lado del verdugo actúa el sacerdote y la dama catequista. Los refinamientos más crueles, la insensibilidad y la sangre fría presiden sus actos. Los sufrimientos corporales corren pareja con los sufrimientos morales. Nada hay que se resista al odio y la vesania de estos elementos.

Es nombrado comisario general el capitán de Infantería Díaz Criado, de triste memoria en Sevilla, como autor material de la Ley de Fugas del parque de María Luisa; como adjunto a la misma actúa el célebre sargento Rebollo y su brigadilla y los agentes de Policía Sandino y Portabella, todos ellos con máximas atribuciones.

Estos verdugos de la clase obrera, estos enemigos declarados de las masas antifascistas y de todo lo que huele a progreso, desempeñan su papel a la perfección. Nada que huele a izquierdas escapa a su olfato.

No queda un local útil en Sevilla (cine, teatro, etc.) que no sea utilizado como cárcel. Las detenciones diarias se cuentan por centenares. Se autoriza la delación y la denuncia anónima, que adquiere valor de prueba concluyente. Todos los detenidos han de pasar por la Comisaría general, encargada de decretar los fusilamientos. Estos se elevan diariamente al número de sesenta.

En los distintos patios de la Comisaría se somete a los detenidos a reconocimiento por los elementos de las organizaciones facciosas, los cuales tienen libre entrada en la misma. La simple indicación de un antifascista por estos elementos es bastante para ser sometido a tormento y fusilado de madrugada.

La Iglesia ofrece sus servicios gratuitos a los detenidos para celebrar casamientos canónicos. Una vez que éstos se realizaban, los contrayentes eran sometidos a tormento al grito de «¡Vivan los novios!», y de madrugada se cumplía la sentencia fatal, inexorable, el fusilamiento. La labor de la Iglesia, su obra catequista desarrollada entre tanto tormento y dedicada a obtener confesiones que los

martirios corporales no podían arrancar, era verdaderamente espantosa.

En el cuarto donde se tomaban las declaraciones existía un piano. Cada vez que se martirizaba a un detenido se hacía sonar este instrumento. No para amortiguar los gritos de las víctimas, no. Se hacía sonar para que éstos «cantaran con música».

Las detenciones en masa efectuadas en la calle sin orden ni concierto llevaban a la Comisaría a hombres y mujeres de todas las clases sociales, la mayoría de ellos desconocidos por sus actividades políticas o sindicales. Era frecuente, por tanto, que individuos afectados por enfermedades nerviosas, al verse privados de libertad sin haber delinquido, y ante el espectáculo permanente de los suplicios, perdían la razón. Inmediatamente, y ante la presencia de todos los detenidos, que se amontonaban por centenares en los patios, y a la voz de «¡A tierra todo el mundo!», eran ejecutados a tiro limpio. Aquella noche, el cadáver era transportado en el mismo camión en que conducían a los condenados a muerte. En una semana presencié yo nueve casos de estos.

Entre los innumerables detenidos había una familia compuesta de la madre y tres hijas, una de ellas de singular belleza. Esta fué un día condenada a muerte. Este día vinieron por ella serían las once de la noche y la subieron al cuarto de los tormentos. Una vez allí, la encerraron con uno de los moros que formaban el piquete encargado de las ejecuciones. A la una y media fué devuelta al patio de las mujeres. El aspecto de esta mujer era inenarrable: el espanto más ingudito venía reflejado en su rostro; las ropas las traía completamente desgarradas; ni lloraba ni podía articular ningún sonido; cayó abatida, deshecha en los brazos de su madre y de sus hermanas. Minutos después vinieron por ella para el viaje definitivo; para deshacer el grupo formado por estas pobres mujeres hubieron de emplear la violencia. La pobre muchacha, desangrándose, fué separada de los brazos de su madre y empujada hacia la salida. La transmutación que sufrió su rostro, la sonrisa que se dibujó en sus mejillas y la energía de sus movimientos al marchar hacia el camión que habría de llevarla de tanta vergüenza fué tal, que todos los que lo presenciamos quedamos sobrecogidos de terror y de coraje hasta quedar anonadados.

Esta familia vivía en Sevilla, en el número 50, de la calle de San Luis, en la casa conocida por «la de los pianillos».

Durante toda esta época de terror se puso en práctica el procedimiento máximo de salvajismo. Se detuvo y fusiló a un padre o a una madre porque no parecía el hijo. A un hijo, por no parecer el padre. A un hermano por otro hermano. El procedimiento surgió un efecto dolorosísimo, inenarrable.

El miedo y la desconfianza mutua se apoderó de todas las conciencias. Se esquivaba en la calle el encuentro con el hermano, con el amigo, con el camarada. En fin, quedó destruido todo lo que había de bueno, de noble y de honrado en la sociedad.

Bajo esta impresión de terror, en este estado de salvajismo vive la población sometida a los rebeldes. Y aunque ya hoy se acusa una fuerte reacción en todas las conciencias honradas ante la presencia de tanta tropa extranjera, y un deseo unánime, incomunicado, de acabar con todo esto, es urgente y necesario que la solidaridad de la España leal acuda en auxilio de estas amplias masas antifascistas que sufren los dolores mayores que jamás sufrió pueblo alguno.

UN EVADIDO DE SEVILLA

# CARTILLA DEL COMBATIENTE



# S. R. I.

## DONATIVOS recibidos por el Comité Provincial del S. R. I. de Madrid, del 23 al 30 de Abril de 1937

	Pesetas		Pesetas
Base de Tarancón, 1.ª Agrupación del Cuerpo de Tren. Tercer Batallón, 34.ª Brigada, 3.ª División (correspondiente al mes de febrero).....	229	1.ª y 2.ª Compañía Destacamento de Intendencia.....	639
Cuerpo del Ejército núm. 1 (por un partido de fútbol celebrado el pasado domingo entre dos equipos de dicho Ejército).....	590.75	2.ª Compañía, Primer Batallón.....	190
Hogar Voluntarios Internacionales.....	58	Motorizada de la 3.ª Brigada. Hermenegildo González.....	137.30
Idem id., id.....	52.05	Blas Soria.....	50
Idem id., id.....	675	Francisco Caridad.....	28
Idem id., id.....	25	Primer Pelotón, 2.ª Sección, 40.ª Compañía de Asalto.....	25
Batallón Madrid.....	100	Juan Arroyo.....	89
Tercer Batallón de Choque.....	3.542.50	Batería Franco-Belga, 11.ª Brigada.....	50
2.ª Batallón, 47.ª Brigada.....	493.50	Froilán Francisco Rincón Casado.....	440
Paulino Pérez.....	120	General jefe del Ejército del Centro (giro recibido en el despacho de dicho jefe).....	1.000
Colegios Evangélicos.....	81.40	De varios particulares.....	86
Francisco García.....	70		
U. B. M. (Sección Cajistas).....	55.70	Donativos recibidos por las Comarcas:	
Idem (Sección Carteras).....	45	Carabanchel:	
Idem (Sección Bolsas).....	159	Empleados afectos a la Unión General de Trabajadores del Hospital Militar núm. 1 (cuarta entrega).....	3.892.55
G. N. R. Delegado Político Bellas Artes.....	550	Empleados de talleres de electricidad de la Sección de Carabanchel Alto del S. R. I. (dos entregas).....	886.70
Personal de Intendencia (Matadero de Vallecas y Mercado de Olavide).....	182	Festival organizado por el Grupo José Díaz.....	492.95
Cuerpo de Tren de la 31.ª Brigada Mixta.....	196		
1.ª Sección, Primer Escuadrón, Primer Regimiento de Tren.....	520	Alicá de Henares:	
2.ª Sección, idem, id., id.....	222	C. L. del S. R. I. (Loeches).....	400
3.ª Sección, idem, id., id.....	170	Cuatro camaradas de la Internacional.....	200
Funcionarios de Gobernación (entregado por Carmen Bébia).....	375	Baterías Antiaéreas (Grupo Marconi).....	385.50
2.ª Batallón, 29.ª Brigada.....	1.819	C. L. del S. R. I. (Pozuelo de la República).....	369
10.ª División (entregado por el teniente Campoy).....	2.450	Partido Comunista de Valdeavero.....	68
Compañeros Sociedad Española Acumador "Tudor".....	349.85	S. R. I. (Loeches).....	408
Baldomero Rodríguez.....	50		
Personal enfermo de Loeches (entregado por la Emisora del S. R. I.).....	607.45		





vil, va pensando si al sargento le parecerá poco.

\*\*\*

Si la sangre de los asesinados se quedara para siempre en las manos del culpable, las del sargento Galíndez no estarían sólo manchadas por el tabaco. Él estaba examinando a la maestra muy atentamente. Y Marisa se siente más desnuda bajo aquella mirada que antes frente al espejo.

Y por apartar la vista de la cara repulsiva, la fija en las manazas de uñas negras que sólo están manchadas de tabaco.

Ahora ya siente los bigotazos enhiestos rozándole las mejillas, el cuello, la boca...

Es preciso cerrar los ojos, apretar los dientes y pensar mucho en Andrés. Hasta le parece que oía su tos.

Pero no. Es que en la habitación de al lado unos hombres se rien de la escena. Porque el sacrificio de la maestra es inútil ya.

El sargento la ha prometido no fusilar a Andrés, pero no la ha dicho que acaba de morir apaleado.

Ella ya no siente ni los bigotazos ni las torpes caricias. Está escuchando unas risas que le parecen toses.

\*\*\*

Las puertas de las casuchas siguen estando cerradas. Sin una ventana abierta, sin un rostro, sin una rendija.

Pero a ella le parece que cientos, que miles de ojos la siguen en su huida por las callejas.

Marisa tiene el cuerpo manchado, el cuerpo vendido.

Los ojos la acusan, la hieren, la acorralan. Ella busca unos que la comprendan, unos que sepan que ella tuvo que cerrar los suyos y apretar los dientes.

Pero nadie se fijó en ese detalle. Los ojos invisibles la dicen que sale del cuartel de la Guardia civil de venderle su cuerpo al sargento Galíndez.

Y parecen ignorar lo que con esa venta quiso comprar.

De un momento a otro unas manos invisibles la van a coger por los pelos y a arrastrarla por el lodo.

La pegarán en el cuerpo manchado, la golpearán los pechitos redondos.

Las estrellas se asoman por cientos para ver lo que pasa en el pueblo. Pero a Marisa le parecen ojos y manos y bocas que le dicen que ya no podrá ser nunca querida por nadie, ni siquiera por Andrés.

Y a ratos parece que la escupen. Ella se siente el cuerpo ultrajado todo lleno de gargajos.

El miedo y el asco la hacen dar diente con diente.

"Marisa, has vendido lo último que te quedaba."

El sargento Galíndez ha encendido un habano.

\*\*\*

¡Ya están ahí! Vienen apiñados, monstruosos, negros...

Estos son los brazos que van a arrastrar a Marisa por el lodo. Ella se ha pegado a la pared, llena de miedo y de vergüenza. Está esperando a que



caigan sobre ella los puñetazos y las maldiciones.

Avanzan... Avanzan... Es la cuerda de los presos, camino del cementerio.

\*\*\*

Ella ha comprendido bien a dónde van. Los mira uno a uno, temblorosa de angustia y de duda.

Uno a uno los mira varias veces. Andrés no va con ellos.

Marisa cree que el cuerpecito blanco vetado de azul ha servido para salvar una vida. Y se trata de la vida de Andrés, del hombre de la tos cavernosa.

¡Se ha salvado!

¡No va con los presos camino del cementerio!

¡Se ha salvado!!

Ella no sabe si el precio ha sido caro o barato; sabe que se ha salvado.

\*\*\*

Pero los presos no se han debido enterar de la compra, porque la están mirando, porque la están llamando, sin palabras, cobarde y egoísta. Parece que la dicen:

—Pensaste en Andrés, ¿eh?

—Sólo en Andrés.

—Los demás camaradas, ¡qué poco te importaron!

—Para salvar a uno entregaste tu cuerpo al sargento Galíndez.

—Ya no eres de las nuestras.

—Ni de los de Galíndez.

—Te quedaste en la calle, como perro sin amo.

—No te queremos.

—No te queremos.

—Vamos a morir como mueren los valientes, con las cabezas altas y los cuerpos limpios.

—Tú tienes el cuerpo manchado y lleno de vergüenza.

—No te queremos.

—¡Putá!

—¡Renegada!

—No te queremos.

Marisa les está pidiendo con los ojos perdón.

Los presos siguen sus insultos mudos:

—Tú no eres de los nuestros.

Marisa les ha tendido sus manos implorantes:

—¡Camaradas!... ¡Hermanos!...

Pero la fila sigue marchando calle abajo, en silencio.

Sólo alguna cabeza se vuelve tímidamente para mirarla:

—No te queremos.

Ella echó a correr detrás. Se agarró a ellos, se mezcló con ellos.

—Me tenéis que oír. Soy de las vuestras, soy bolchevique.

La fila seguía callada, y Marisa calló también, pero marchó con ellos.

\*\*\*

Junto a la tapia blanqueada del ce-

menterio, la Muerte, puntual a la cita, les esperaba ya.

Antes de llevarles con ella les contó y pasó revista. Todas las vidas que se le ofrecían eran pobres vidas grises, apagadas, fecundas.

Allí estaban largas horas de trabajos, de sacrificios, de angustia. Recordó que aquellos hombres habían dedicado sus horas libres al estudio, a la lucha, a la redención de los oprimidos. Vidas que habían pasado por las cárceles, por largos calvarios de hambre y persecuciones.

La muerte les clasificó a todos antes de llevarse los, y los contó con cuidado, por si acaso los civiles la engañaban.

A Marisa la puso en el grupo de los jóvenes, de los exaltados, de los todo corazón.



De "aquello" con el sargento Galíndez no dijo nada. Ella misma lo había olvidado ya.

Un viejo se caía: las rodillas le temblaban. La Muerte le miró con disgusto, como a mercancía averiada, y eso que la maestra hacía los imposibles por sostenerle.

Al fin los contó por última vez, y refunfuñando algo de "mucho trabajo, total para gentes que no lo merecían", se los llevó a todos.

\*\*\*

Los hombres del tricordio la saludaron al marchar con varias descargas, salpicadas aquí y allá por los tiros de gracia.

ELISA RISCO

# BOLCHEVISMO

Marisa va ganando la distancia a pequeños saltitos, buscando para sus pies menudos el asiento de unas piedras.

La semana pasada no cesó de llover. Las calles estaban enfangadas, sucisimas. Pero ahora resultan bonitas. El sol hace brillar los charcos de agua como si fueran espejos, y luego se mira en ellos.

¡Moscú!

Entre un saltito y otro, ella se ha puesto a soñar. Tienen que llegar los días justicieros y alegres, como ha venido el sol tras de la lluvia.

Hace unos días las calles del pueblo estaban feas y tristes. Ahora que el sol las alumbraba, hasta los charcos cenagosos y pestilentes parecen espejos.

Cuando vengan los días de igualdad y de luz, aún quedarán las señales de todas las injusticias. Y las vidas tristes y feas, vidas de perseguidos, de idealistas, de mártires, oscuras, olvidadas, pobres, han de resultar bonitas, como los charcos al sol.

\*\*\*

Andrés se ha metido en la cama. Está tiritando debajo de la manta agujereada; los dientes le castañean.

Pero tiene el cuerpo cubierto de un cierto sudor pegajoso.

Marisa le ha besado en los ojos hundidos, en las mejillas flacas. Ha buscado debajo de la ropa las manos huedas y húmedas.

También él sueña a veces con la vida en la U. R. S. S. Pero trabaja para conseguirla con más fe, con más paciencia que la mujer.

Sabe que no la ha de vivir. Oye todos los días la llamada de la muerte. No importa. El también es maestro. Todos los días las cabezas de los pequeños campesinos se alinean frente a él.

Dar la vida miserable, triste, dolorosa, injusta, por aquellos peques.

Regalarles a los alumnos torpes su vida entera.

¡Y cómo lo agradecerán mañana! Con cuánto cariño recordarán la figura grotesca del maestro!

Volverán a ver su traje deshilachado, su cara demacrada. Volverán a oír su tos seca, terrible, que hace despertar al eco dormido en las paredes sucias de la escuela.

El maestro va a morir pronto. Les está dando su vida, trozo a trozo, a los chicos piojosos de su escuela.

Les está procurando día a día una vida mejor.

\*\*\*

La cara de la viejita de la esquina está reflejando ella sola todo el asombro y el dolor del pueblo.

Las casas, cerradas, las calles, solas, mudas. Sólo ella se ha atrevido a asomar el perfil de su pañuelo pardusco y de su nariz ganchuda. Pero en seguida ha vuelto a cerrar la puerta, y ha buscado consuelo y explicación en una vieja estampa amarillenta de lo que vio en la calle.

Tropezando, azuzados por culatas y por golpes, suben por la cuesta la cuerda de los presos.

Algunos llevan las manos tan fuertemente atadas, que están amoratadas, terriblemente hinchadas, al final de unas muñecas sangrantes, mordidas por el alambre o el cordel.

Unos son viejos o enfermos; apenas pueden andar: trenzan las piernas, tropiezan, caen, vacilan...

Otros vuelven los ojos hacia atrás, estrápticamente, desesperadamente; miran hacia las casas cerradas, donde las mujeres muerden los pañuelos y los puños, donde los niños preguntan con los ojos redondos de espanto y las viejas rezan, suspiran y lloran...

La cuerda lleva un marco de fusiles y de máuseres.

La virgen de la estampa aún conserva los azules y los rojos de su traje. Pero los ojos, sin expresión, sin vida, no dicen nada.

No sabemos si aprueba o no lo que pasa en la calle.

La procesión de los agonizantes sigue pasando, dolorosa e injusta, por entre las filas de las casas mudas.

\*\*\*

Marisa se ha quedado desnuda ante el espejo. Porque Andrés ha sido añadido a la cuerda de los presos. Y a ella le está doliendo en la cabeza una idea monstruosa.

He aquí su cuerpo. Tiene los pechos tan pequeños, tan redondos, que caben en el hueco de la mano; los hombros, débiles; las caderas, tímidas.

Aquí y allá unas leves venitas azules le cruzan la piel.

Marisa no tiene nada más que eso para comprar la libertad o aunque sólo sea la vida de Andrés.

¿Será bastante?

Se ha decidido a venderlo. Ya camino del cuartelillo de la Guardia ci-

# LA NIÑA SOÑABA

Cuatro pajaritos  
cortaron el viento.  
Cuatro pajarracos  
negros,  
negros,  
negros.

El azul turquesa  
tiñóse de negro.  
Los niños cantaban  
estrofas de ensueño.

Cuatro pajarracos  
cortaron el viento.

La niña soñaba,  
y sus brazos frescos,  
aprieta que aprieta  
su frágil muñeco.

Cuatro pajaritos  
cortaron el viento.  
Cuatro pajarracos  
con alas de acero.

La niña dormía;  
la niña soñaba  
castillos de cobre,  
hojitas de laca,  
estanques,  
juguetes,  
ciruelas,  
manzanas.

Cuatro pajarracos  
volaban, volaban.  
Cuatro pajarracos  
malignos, sin alma.

La niña dormía,  
la niña soñaba;

los bucles de oro  
besaban su cara.

El campo de lirios  
tenue la cantaba.

El jardín alegre;  
los peces de nácar  
en torno a la niña  
danzaban,  
danzaban.

La verde pradera,  
bordada de plata,  
bañaba su cuerpo  
de fina esmeralda.

Cuatro pajarracos  
abrieron sus alas.  
Los monstruos del aire  
dejaron su carga.

El tallo florido,  
la rosa lozana,  
el frágil muñeco,  
las trenzas doradas,  
¡todo sepultado!  
Nada,  
nada,  
nada.

Cuatro pajarracos  
alegres volaban.  
Cuatro pajarracos  
tendieron sus alas.

El viento cortado  
gimió en lontananza.  
La luna lunera  
lloraba,  
lloraba.

EUGENIO VEGA, "YES"



## RELATO DE UN CURA EVADIDO

# SIETE MESES EN TERRITORIO FACCIOSO

Carmelo Díaz Suosa era cura párroco de Almadén de la Plata, en la provincia de Sevilla. Hijo de casa humilde, desde pequeño la familia lo destinó a la Iglesia. Criado en el pueblo entre un ambiente familiar beato y rutinario, desde que tuvo uso de razón no oyó hablar de otra cosa. El estudiaría para cura. Bajó la campana de la cocina, al amor de la lumbre,

Desempeñó varios curatos, y por último lo destinaron como cura párroco a Almadén de la Plata, en la provincia de Sevilla. Ya Carmelo—el Padre Carmelo—tenía cierta experiencia de la vida y pensaba por su cuenta en el callejón sin salida en que le habían metido. Pero ya era tarde. Se sentía apático, sin fuerzas para romper con el pasado.

Resultó que el cura recibió encantado la propuesta, y el reglamento fué puesto en limpio con la máquina del cura. Al despedirse, el Padre Carmelo les dijo:

—No tengáis nunca duda en dirigiros a mí. Esta casa está siempre a disposición del obrero.

—Nosotros sabemos que usted es un buen sacerdote—le contestaron los obreros—. Por eso siempre le respetaremos. Corría el año 1931...

En cuantas ocasiones los trabajadores de Almadén de la Plata necesitaron algo del Padre Carmelo, lo encontraron dispuesto. En noviembre de 1935 solicitó el ingreso en el partido socialista. Pero, se lo negaron, había en el seno de la organización gente irreducible, a quien no les cobia en la cabeza que un cura formase en las filas del socialismo. Poco tiempo después hubo un mitin en el pueblo, y el Padre Carmelo habló. Al día siguiente el partido socialista tenía un militante más. El cura los había convencido.

Por aquel tiempo, ya el Padre Carmelo había colgado los hábitos. La historia fué como sigue: Tiempo atrás el cura tuvo un hijo natural. Este fué el motivo para que la falsa mojigatería de los caciques y beatos del pueblo, que no podían verlo, levantasen una gran polvareda alrededor del asunto. Cierta día recibió un oficio del cardenal llundain, de Sevilla, citándolo. Acudió.

El cardenal le dijo:

—¿Qué tiene usted un hijo.

—Es verdad, eminencia.

—Pues bien: ese hijo tiene que desaparecer.

—¿Cómo?...

—Muy sencillo: llévalo a una casa-cuna, o bien haga lo que le parezca. Lo importante es que desaparezca.

—Yo no haré eso nunca. La Ley eclesiástica me pone como condición el celibato, pero la Ley natural me ordena que sostenga a mi hijo, y ésta es más humana.

El cardenal sopló fuertemente el aire y mirándose distraídamente las bien cuidadas uñas apuntó:

—Renuncie usted al curato.

El Padre Carmelo hubiese aceptado de buena gana la propuesta, pero pensó en las consecuencias que aquella renuncia podía acarrear. «Esto significaría tal vez el hambre», se dijo. Y pensó en su hijo. Por eso respondió:

—No; porque si renuncio ahora al curato, el día de mañana no tengo derecho a la jubilación; en cambio, después de ésta ya es otra cosa.

En diciembre de 1934 cobró sus haberes y recibió su documentación. Inmediatamente se fué a ver al cardenal.

—Eminentísimo señor, ya tiene a su disposición el curato y la sotana.

Pero su eminencia había cambiado ya de parecer. Sabía que el Padre Carmelo estaba enterado de ciertos asuntos que no convenía que se divulgasen. Por eso fingió alarma:

—Pero piense en lo que hace. Tenga en cuenta el escándalo que producirá su decisión.

—Si fuese un mal sacerdote, eminentísimo señor, lo hubiera dado ya. ¿Ignora su eminencia que mi firma se pagaba con 50.000 pesetas por explicar ciertos asuntos del clero, como por ejemplo el caso Javier Laso Moya? ¿Que hay doce sacerdotes que están retirados y que sin embargo cobran otros tantos curatos? ¿Ignora su eminencia que los frailes tienen todos una jubilación y que mensualmente desaparecen de siete a ocho mil pesetas de nuestros haberes? ¿Ignora...?

—No siga, no siga. Puede venir a cobrar cuando quiera.

Cobró todo el año 1935 hasta el 1936, sin hábitos, como un señor particular. Entre el retiro y lo que sacaba dando clases, pudo mantener a su hijo y no tuvo que «desahacerse» de él.

\*\*\*

Cuando se inició el movimiento, las derechas se lanzaron a la calle y dirigieron sus pasos a la casa del ex cura. Pero éste se había puesto a salvo con su compañera y con su hijo. Le destruyeron la casa, tirándole por la ventana lo que encontraban a mano. Pero los trabajadores de Almadén de la Plata reaccionaron, y con Carmelo a la cabeza consiguieron restablecer el orden en el pueblo. Así hasta el 5 de agosto, en que los facciosos tomaron el pueblo. Entonces Carmelo se marchó a la Sierra en compañía de bastantes vecinos. Allí vivieron escondidos algunos días, hasta que se reorganizaron. Continuamente llegaban huidos del terror fascista de El Pedroso, de Castilblanco, de Cantillana, de Arenillas...; trabajadores de todos los pueblos que lograban librarse de una muerte cierta se encontraban en la Sierra, y por la noche, bajo un cielo claro de estrellas, a



pasaron cerquísima de ellos. Oyeron sus voces:

—Pero ¿dónde se han metido? Hay pisadas. No hay duda; por aquí deben estar los «jócos del cura».

Pero no los encontraron. A algunos que se habían ido más lejos los apresaron, y ya no se ha vuelto a saber nada de ellos.

Peleaban unas veces en grupos y otras aisladamente. El 22 de enero sostuvieron durante varias horas un intenso tiroteo con un numeroso grupo de guardias civiles. Ellos eran solamente dieciocho hombres. Había, además, dos mujeres: la madre y la cuñada de José Belmonte, a las cuales los reaccionarios de Almadén perseguían encarnizadamente por tener siete hijos que desde el primer momento empujaron las armas en defensa del pueblo.

Carmelo recuerda un combate que duró desde las doce del día hasta las ocho de la noche. Los fusiles ardían, pero los rebeldes no consiguieron su objetivo. Al terminar había varios heridos, casi todos por la espalda, de rechazo de bala.

\*\*\*

Cuando los italianos tomaron Málaga cundió en algunos el desaliento. Entonces se pensó en buscar el medio de pasarse a terreno leal. Por un plano se enteraron de que en Azuaga y en Torre Hermosa estaban los últimos puestos de la zona facciosa. Más allá estaban sus camaradas, los suyos. No pudieron aguantar más, y el 23 de febrero, por la noche, para evitar los encuentros, emprendieron la peligrosa aventura. Atravesaron la provincia de Sevilla y entraron en Córdoba. Al llegar a Los Blázquez pudieron contemplar los campos completamente arrasados; todo lo había perdido aquella gente. La ira criminal de los asesinos había segado vidas; la cosecha estaba perdida y en los campos desolados no había nadie, ¡nadie!... Después se internaron en la provincia de Badajoz. Cuando tenían algún encuentro, desplazaban a algún compañero, el cual iba preguntando por algún burro o yegua que fingía haber perdido. Después, este camarada regresaba, ya informado del terreno, y proseguían la marcha.

Después de pasar Peraleda encontraron a un pastor, quien les dijo que por allí cerca andaban los «rojos». Desplazaron a un emisario que llevase la buena nueva, y en este mismo momento divisaron un escuadrón de caballería que hacía un despliegue. En los primeros instantes creyeron que eran facciosos, y atemorizados huyeron algunos, entre ellos el alcalde Benito Vázquez. Finalmente todo se aclaró, y aquella noche del 24 de febrero, los dieciocho hombres y las dos mujeres, después de siete meses de luchas y de calamidades, lloraban de alegría y contaban su odisea a las fuerzas del capitán Mulero.

\*\*\*

—No—termina Carmelo Díaz Suosa—; los fascistas no vencerán, porque todo el pueblo está contra ellos. Allí, en aquellas Sierras, en plena provincia de Sevilla, me he dejado a tres mil camaradas, a tres mil hermanos que con escopetas de caza, con cuchillos, hasta con los dientes, están dispuestos a defenderse hasta morir.

MARCOS



su madre le hablaba de las ventajas y excelencias de la vida eclesiástica. Y así un día, y otro, y otro... Por eso, cuando algún vecino le preguntaba, poniéndole la mano en el hombro: —Y tú, Carmelo, ¿qué quieres ser? —Yo quiero ser cura—era su respuesta.

Y lo fué. Pasó varios años fuera de su pueblo, y un día retornó a él más hombre, encerrado en una sotana negra. Aquel día en que dijo por primera vez misa en la iglesia de su pueblo, su madre lloró copiosamente y declaró, besándole, que se sentía más feliz que nunca.

